

Videojuegos | Los salones fueron muy populares entre los zaragozanos. «La gente se volvía loca con las 'maquinetas'». Aunque hoy han perdido su fuerza, muchos prefieren aún escuchar el sonido de la moneda al caer. El valor sentimental ha revalorizado aquellas viejas diversiones

Recreativos: del olvido a piezas de museo

Hace no demasiado tiempo, constituían una de las alternativas de ocio preferidas por los jóvenes zaragozanos. Cruzar sus puertas era adentrarse en el futuro. Un reino donde todo era posible. Desde convertirse en piloto de carreras a ser pistolero en el lejano Oeste. Pero el avance tecnológico siguió su curso. La esencia de ese mundo mágico traspasó las fronteras de los recreativos para instalarse en las casas en forma de videoconsola.

En Zaragoza, a principios de los años 60, existían los salones de futbolines. En el Coso Bajo estaba Le Mans, un local que disponía de una gran pista de automovilismo hecha de madera. «Era preciosa», comenta uno de los propietarios de los extintos recreativos Monza. «Poco a poco, en la zona del Tubo, surgieron espacios que incluían mesas de billar. Después, asistimos a la primera revolución con la llegada de las 'pinball'. Pero el 'boom' fue la aparición de las máquinas de pantalla con los primeros juegos de conducción y disparos», recuerda. Por aquel entonces, la fiel clientela de este tipo de negocios andaba entre los 7 y los 18 años. «Los chicos accedían a algo que no habían vivido nunca -recuerda el empresario-. La gente se volvía loca con las 'maquinetas' porque eran la novedad».

Traer a Zaragoza los juegos más populares no era sencillo. Los responsables de los salones acudían a Madrid y Barcelona para visitar distintas ferias y proveedores. El objetivo era saber cuál era el último grito en la meca del recreativo: Japón. «Es de los pocos sitios donde sobrevive el negocio. La gente sale de trabajar y tiene la costumbre de echar unas partidas para combatir el estrés -explica Eduardo Mena, profesor en la escuela de Ingeniería del campus Río Ebro-. Los japoneses tienen ese concepto. Van solos y juegan solos».

La evolución de las videoconsolas domésticas marcó el final de la época dorada de recreativos. «En un primer momento, pudieron convivir. La calidad de las máquinas de los salones era muy superior. Pero cambiaron las tornas. Comparas un juego de antes con uno nuevo y te das cuenta de que ha cambiado hasta la mecánica -indica Mena-. En los recreativos era imposible 'sobrevivir' más de



Eduardo Mena en el almacén de RetroAcción, asociación de aficionados a la informática clásica. ASIER ALCORTA

EMULADORES

EL 'TUNING' PARA RESCATAR JUEGOS DEL PASADO

Para volver a disfrutar de un videojuego antiguo no es estrictamente necesario contar con la máquina original. Existen programas informáticos que permiten reproducirlos en soportes actuales. «Un emulador es un software que es capaz de rescatar los juegos (programas) de una forma fiel. En este caso, se conservan los elementos gráficos, los soni-

dos y las melodías», explica Eduardo Mena, tesorero de la asociación RetroAcción. Esta solución permite a los aficionados de la informática clásica ir un paso más allá a la hora de experimentar las sensaciones que produce un videojuego con más de 20 años. «Hay quien se limita a jugar en el ordenador, pero hay otras posibilidades más creati-

vas. Por ejemplo, existen máquinas de 'pinball' artesanales. Se fabrica el mueble y se coloca encima una pantalla plana que reproduce el escenario del juego. Incluso se puede modificar para que haya que echar una moneda para comenzar la partida. Para mí, es una combinación perfecta entre lo clásico y lo moderno», concluye Mena. **C. G. C.**

un minuto. Echabas la moneda, pero no te planteabas llegar al final. Ahora se hacen juegos que 'enganchan'. Las partidas son largas y acabas pasándotelos en tres días».

Informática clásica

Pese a todo, sigue habiendo enamorados de aquellos tiempos. La inquietud por la informática clásica llevó a varios jóvenes de Zaragoza, Madrid, San Sebastián y Bilbao a fundar RetroAcción, a la que pertenece también Eduardo Mena.

Esta organización, que cuenta con el apoyo de la Universidad de Zaragoza, trata de «refrescar el pasado para valorar el brillante presente de la industria del videojuego». Para cumplir este objetivo, desarrollan distintas actividades, como exposiciones, talleres y conferencias.

Uno de los proyectos más importantes que han puesto en marcha es RetroMañía, un encuentro que tiene lugar durante la Semana de la Ingeniería y la Arquitectura

de la Universidad de Zaragoza. «Además de charlas, habilitamos un espacio donde los visitantes pueden disfrutar de juegos clásicos», señala Mena. De acceso libre, la edición de este año se celebrará del 5 al 9 de noviembre.

El valor sentimental, unido a la dificultad por encontrar material en buen estado, hace que existan auténticas joyas en lo que a videojuegos y máquinas recreativas se refiere. «Hay cosas que valen su dinero. Una máquina de 'pinball',

por ejemplo, no baja de 2.000 euros. En internet se vende de todo, pero piden demasiado. En RetroAcción comenzamos con las colecciones personales. Fuimos corriendo la voz por nuestro entorno y la gente nos daba lo que tenía por casa. Aunque estuviera roto, nos podía servir, porque de 'dos medios' sacábamos un 'entero' -recuerda Mena-. Ahora nos conocen en más y nos llega más material. ¡Casi ni nos cabe en el almacén!».

Pero, ¿qué tienen aquellos viejos juegos para que sigan interesando hoy día? Mena lo tiene claro. «Es cuestión de distinguir entre las cosas buenas y las cosas malas. Como en la música. ¿Por qué se siguen escuchando canciones de hace 30 años? Con los videojuegos pasa lo mismo. Pac-Man (el comecocos) conquista todavía por que es genial. Si hubiese sido un bodrio nadie se acordaría de él».

Fútbol: el último superviviente

Curiosamente, el gran superviviente de los salones recreativos no lleva incorporado ni un solo cable en su estructura. Ni se enchufa, ni tiene luces. «El fútbol siempre ha sido un seguro de vida para los operadores», asegura Juan Isidro Gotor, socio mayoritario de Futbolines Val. Su empresa, localizada en el Burgo de Ebro, lleva abierta desde mediados del siglo pasado y produce de forma artesanal entre 300 y 400 unidades al año. «Aunque vendemos varios modelos, el más solicitado es el clásico, el de toda la vida» afirma. El precio de una mesa nueva es de 1.300 euros, aunque también los venden de segunda mano por la mitad.

Entre sus clientes, Gotor dice tenerlos de todo tipo. «Nos hacen encargos los salones recreativos, bares, peñas, colegios, facultades de la universidad y particulares». Entre estos últimos, cuentan con más de un jugador de fútbol profesional. «El último que nos compró uno fue Fernando Llorente, que nos pidió que se lo enviáramos a casa». Y es que los clientes de Futbolines Val no están solo en España. «También hemos hecho mesas para Estados Unidos y otros países de Europa, África y Asia. Incluso hemos enviado uno a las tropas españolas en Afganistán», indica el dueño de la empresa.

Para Juan Isidro Gotor, lo que hace diferente al fútbol es que «se asocia inmediatamente con los amigos. No es tanto el juego en sí. Son los buenos momentos que comparten las personas al rededor de él. Los padres transmiten a sus hijos lo bueno de la vida. Por eso, no tengo dudas que en los futbolines que salen hoy de la fábrica acabarán jugando partidas varias generaciones de una misma familia».

CARLOS GRACIA CANCER

UN DÍA ESPECIAL

Envíe sus fotos y felicitaciones a undiaespecial@heraldo.es o a **Heraldo de Aragón** (Paseo de la Independencia, 29. Zaragoza. 50001), a la atención de la sección de **Agenda**. Deberán llegar con al menos tres días de antelación. No olvide adjuntar sus datos personales, incluido el DNI, y un teléfono de contacto.



Jesús. «Felices 17, jovencito. Feliz cumpleaños de parte de toda tu familia, te queremos».



Enrique. «Felicidades en tu primer añito, de toda tu familia. Te queremos mucho».



Óscar. «Felicidades de los yayos, primos y de tu hermana Paula y de Mesi».



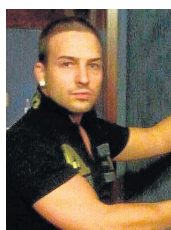
Javi. «Muchas felicidades de tu hermana, cuñado y sobrinas. Que lo disfrutes».



Elsa. «Feliz cumpleaños de parte de tus hermanas y toda la familia. Besos».



Emi. «¡Felicidades! Cada año mejor, como el buen vino. Te queremos mucho».



Eloy. «¡Felicidades! Te deseo lo mejor en este día tan especial porque te quiero».



Darío. «Felicidades de parte de tus papás, tíos y abuelos.. Te queremos muchísimo».